

E1 Motin

AÑO XXVIII.

Jueves 15 de Octubre de 1908

Núm. 3

SEMANARIO POLITICO

Se publica los Jueves

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID: 1,50 ptas. trimestre; Año, 5.—PROVINCIALES: 1,50 trimestre; Año, 6.—ULTRAMAR Y EXTRANJERO: Año, 10.

PAGO ADELANTADO

NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTIMOS

Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas
Redacción y Administración: Alberto Aguilera, 34

PROPOSICIÓN

Para ver si logramos reorganizar al partido, á fin de que vuelva á ser un factor importante en la vida nacional y esté apercibido para toda clase de luchas, paréceme lo mejor lo siguiente:

Que en cada provincia se reúnan los republicanos, sin distinción de matices, como ya lo han hecho en algunas, y nombren un representante y un suplente.

Y una vez nombrados, que se congreguen los 49 en cualquier punto céntrico, y propongan, discutan y acuerden; algo parecido á lo que se hizo cuando la guerra de la Independencia para nombrar la Junta Central.

Lo que ellos acuerden, deberá ser ley para el republicanismo, sin meternos luego ninguno en disquisiciones sobre si el programa es muy federal ó muy unitario, muy radical ó muy conservador.

Las personas que ellos nombrasen para componer el organismo directivo, convendría que fuesen de su seno; pero podrían elegirlos de fuera también.

Había pensado indicar que ninguno de los representantes pasara de los cuarenta y cinco años, ni de los cincuenta y cinco los que pudieran resultar elegidos de fuera, á fin de que no formaran parte del organismo esos hombres que se parapetan tras la experiencia y los desengaños para no hacer nada; y también el que no se eligiera á ninguno que tuviera *cartel* de eminente, á menos que lo fuese; ni á los que hubieran desempeñado altos cargos de elección popular de diez años á la fecha; mas como esto pudiera disgustar á muchos y dar pretexto á la exclusión de alguno de verdadera valía, allá que resuelvan este punto los representantes.

El procedimiento no puede ser más democrático, ni el golpe al caciquismo republicano más rudo. Si gran parte de la opinión lo acepta, yo lo defenderé con la resolución y la constancia que he defendido otras soluciones.

A menos que se me convenza de que los republicanos, algunos de los cuales no han reparado en unirse á separatistas, carlistas ó clericales para salir diputados ó defender los intereses de una región, no pueden, para salvar los del partido, que son los de la patria, prescindir de exclusivismos, odios y emulaciones.

Lo del bloque

Da *El Cantábrico* de Santander este programa para llegar al bloque liberal:

«Reforma constitucional y del Senado, libertad de cultos, laicismo de la enseñanza, matrimonio civil, secularización de los cementerios, modificación radical del arancel, abaratamiento de las subsistencias y facilidad con ello de los medios de vida.»

El Globo lo juzga impracticable y dice:

«El país pide á los liberales algo más sustancioso, algo más carnoso, más concreto, más práctico, más real. El país no está para ideologías ni lirismos. El país repugna cuanto sea politiquero estérilmente. El país tiene hambre de algo más que ideas y palabras. El país recibiría con júbilo el programa liberal siguiente:

«Integridad constitucional.
Cumplimiento del Concordato.
Sumisión al régimen común de todas las entidades religiosas no concordadas.

Supresión de las entidades religiosas dedicadas á industrias, ocupaciones y negocios mundanos.
Supresión de tres Ministerios.

Supresión del descuento á los funcionarios activos.

Supresión de organismos inútiles, civiles y militares.

Supresión gradual de toda suerte de derechos pasivos.

Supresión gradual de los Consumos sobre las especies indispensables á la vida.

Reducción, en un 25 por 100, de todos los gastos públicos.

Simplificación y saneamiento de los procedimientos administrativos.

Simplificación de los tributos y reorganización de los procedimientos para la imposición y exención de los tributos.

Revisión arancelaria.
Protección á la Agricultura, á la Industria y al Comercio.

Descentralización administrativa.
Empréstito de 1.000 millones para Obras públicas, Comunicaciones, Enseñanza, Higiene y Beneficencia.

Presupuesto máximo de 900 millones, incluida la partida para amortización del precitado empréstito.

Este programa, cuyo desarrollo no es ninguna obra de romanos, ni del Instituto de Reformas Sociales, sería por la Nación recibido como una risueña esperanza de mejores y no lejanos días.»

Antes de dar mi opinión sobre este asunto, quisiera que se me dijese:

Si no han pensado los liberales en que con un programa así, las puertas del poder se les cerrarán en vez de abrirseles.

Si aun suponiendo que por la presión del bloque se las abriesen, creen que podrían desarrollarlo.

Cuál sería su actitud en el caso de que los llamaran, y cayeran antes de haber podido llevarlo á cabo.

Si no fuesen gobierno al año, en qué situación se colocarían.

Y de qué tonos sería la campaña que durante ese año de espera hiciesen en prensa, Cortes y municipios.

Si no saben esto previamente, no puede ningún republicano, que lo sea de verdad, ni discutir lo del bloque. Vengan declaraciones concretas y autorizadas, y entonces será ocasión de hacerlo.

Los republicanos seríamos relativamente benévolo con el partido que desarrollase ese programa; lo que no podemos ni debemos hacer es contribuir á que alcance el poder sin alguna garantía de que no hará lo que siempre hicieron los liberales: seguir la marcha de los conservadores y excederlos á veces en su protección al clericalismo.

¡Ánimo, liberales!

Insisto en lo de que hay que levantar el espíritu liberal, llevando esta idea al ánimo de todo el que se honre con ese nombre:

A despecho de lo que vemos y tocamos, la reacción clerical no tiene cimientos sólidos y se vendrá abajo pronto, á menos que nosotros nos empeñemos en apuntarla con nuestro miedo.

Saboreen todos los liberales ese final de un discurso académico del inolvidable Laureano Calderón. Es la segunda vez que lo reproduzco, por creer que deberíamos sabérnoslo todos de memoria:

«Espero que no me guardéis rencor por las ideas que aquí he expuesto; si tal aconteciera, mi dolor sería tan grande, que formularía en alta voz el deseo, que á veces me asalta, de haber nacido bajo el reinado de aquél D. Alfonso llamado el Sabio, que, sin menoscabar su majestad ni aminorar su fe religiosa, en medio de astrolabios y círculos mazaes, discutía con árabes y hebreos sobre el sistema del mundo.

¡Pero no! momento de flaqueza es este que no prospera en mi ánimo. Antes al contrario: cuando me parece que la negra nube de la intolerancia surge de la tierra y esparciéndose procura ocultar la luz del sol; cuando presiento que alguien va á proponer resucitar la tradición que, carcomida ya, parece destinada á convertirse en polvo deleznable, me refugio dentro de mi pensamiento y evoco los fantasmas de otras edades.

Y entonces, cuando los veo desfilar en mi fantasía, cuando comprendo que sólo viven con el aliento que mi cerebro les presta y que todas las voluntades del mundo fueran impotentes para hacerles fevivir, los miro y les digo:

«Caballeros que en otro tiempo derramásteis vuestra sangre por el exterminio de los infieles, permaneced en vuestras tumbas. El acero que blandíais y con el que ensangrentásteis la tierra, ha sido transformado por vuestros hijos en útiles y herramientas del trabajo.

«Monjes fanáticos que encendisteis las hogueras del Tribunal de la fe, reposad en vuestras criptas. El plomo derretido é hir-

viente con que abrasásteis la garganta de aquellos que desconocieron vuestra autoridad, lo emplean vuestros sucesores en caracteres de imprenta.

«No esperéis que el clamor y la indignación de la intransigencia de algunos galvanice vuestros cadáveres, dé vida á vuestros cerebros y aliento á vuestros corazones. Ningún calor podría vivificar vuestras estatuas que, corroídas por el tiempo, se abrigan bajo los góticos festones ó yacen sobre las tumbas en las antiguas catedrales. Ningún entusiasmo puede dar luz á vuestras pupilas, ni pensamiento á vuestros cerebros, ni fuego á vuestros corazones. El sol que penetra por la gótica ojiva y atraviesa los pintados vidrios, no tiene calor bastante para animar vuestros ataridos miembros y despertaros de vuestro letargo.

«¡Dormid para siempre! vuestro tiempo ha pasado ya! Dejad que la Historia analice y depure vuestra obra y aqúilate el valor de vuestros hechos y os juzgue dignos de ocupar una página de su libro inmortal; que en tanto, el tiempo y los agentes naturales, convirtiendo en polvo vuestras estatuas, las transformará en nuevas rocas, con que otras generaciones construyan monumentos para eternizar la memoria de ideas y hombres acaso más dignos de universal estima.»

Nada más hermoso se ha dicho ni se ha escrito para demostrar que es imposible el retroceso en la extensión y medida que algunos temen.

Leamos esos párrafos cada vez que sintamos dudas, desfallecimientos ó desmayos, y saldremos confortados y fortalecidos.

La causa de nuestra ruina

Leed, leed, cándidas ovejas del rebaño católico, el exíguo estipendio con que se contentan los pastores que os guían hacia las siempre verdes y frondosas praderas celestiales, donde paceréis tranquilas la hierba de la gracia durante toda una eternidad; y decidme luego si no merecen que os dejéis esquilmar resignadas para que á ellos no les falte esa miseria.

Copio los datos de un extenso artículo en que se ocupa de la situación actual de España el importante periódico de Buenos Aires, *La Nación*:

«Influye el clericalismo en la situación del pueblo? Formular la pregunta es contestarla. En todo tiempo, y en cualquier país donde la clase sacerdotal tiene ingerencia directa ó indirectamente en el gobierno, claro es que le incumbe alguna responsabilidad en el manejo de la cosa pública; pero aquí, donde tiene la función directriz casi absoluta y maneja á su antojo hombres y cosas, es evidente que le incumbe toda la responsabilidad, menos aquella parte que toca á la inercia ó el desacuerdo de sus antagonistas. Para demostrar el imperio del clericalismo en España, sobran elementos de todo orden; aquí me bastarán los números. En efecto, en un país donde se destinan 18 millones á instrucción y 51 á obras públicas y fomento, fuera de lo presupuesto para culto y clero, se gastan (se exportan, mejor dicho) otros cientos de millones para el sostenimiento de la religión en Roma y otras partes del mundo. He aquí esas cifras, que, si no son matemáticamente exactas, se aproximan lo más posible á la verdad.

Salen del ministerio de Estado para Santos Lugares de Jerusalén, 150.000 pesetas al año; escuelas en Judea y en Marruecos, 700.000; obra pía de Jerusalén, 550.000; preces á Roma (una misa papal), 100.000; frailes misioneros, 360.000; tribunal de la Rota, 550.000; iglesia en Argel, 16.000; para San Francisco, 53.000; embajada en el Vaticano, 500.000; embajada en Madrid, 500.000.

Del ministerio de Gracia y Justicia salen: para seminarios, 2.800.000 pesetas; monjas contemplativas, 2.500.000; frailes paúles, 60.000; filipenses, 45.000; escolapios, 30.000; hijas de la caridad, 220.000 (cobran, además, de las provincias y municipios); Virgen de la Almudena, 100.000; Virgen de Monserrat, 50.000; Virgen de Covadonga, 70.000; Santa Teresa, 15.000; Caballo de Santiago, 25.000; Biblioteca de Colón, 65.000; clero catedral, 7.000.000; parroquial, 29.000.000; vascongado, 3.000.000; jubilado, 120.000; excedente, 250.000; capillas reales, 105.000; administración y visitas, 240.000; obras de templos y conventos, 1.550.000; ornamentos, 100.000.

Del ministerio de Hacienda: para Niño Jesús, 300.000 pesetas; asilos católicos, 1.270.000; exclaustrados, 400.000.

Del ministerio de la Gobernación; para Junta de señoras católicas, 25.000; Junta de señoras contra la trata de blancas, 50.000.

Del ministerio de Guerra y Marina: para clero y culto, 2.200.000; hijas de la caridad, 2.100.000; Cruz Roja, 70.000; Compañía Transatlántica (para el Papa), 8.000.000.

De la presidencia del Consejo: para frailes en Fernando Póo, 125.000.

Además hay que agregar de provincias: para hijas de la caridad, 2.400.000; sisas (cálculo de un 20 por 100), 2.800.000; clero y culto provincial y municipal, 1.800.000, y aproximadamente en forma indirecta; maestrazgos y encomiendas (órdenes militares), 15.000.000; 25.000 capellanes particulares, 6.350.000; 6.000 cofradías, á 4.000 pesetas, 24.000.000; bulas (5.000.000 de creyentes, á dos pesetas cada uno), 10.000.000; billetes de andén, á 1.500 pesetas diarias, 550.000; una bendición papal diaria por cada 40.000 habitantes, á 400 pesetas cada una, 77.000.000; 9.349 subvenciones de diputaciones y ayuntamientos, á 300 pesetas término medio, 3.000.000; un aniversario diario (con indulgencias) por cada 40.000 habitantes, á 500 pesetas, 77.000.000; 58 obispos, á 75.000 pesetas, por vacantes, ascensos, etc., 4.600.000; 18.000 parroquias, á 8.000 pesetas por altar, donativos, huerto, etc., 144.000.000.

Pero esto no es todo; aún hay que sumar las rentas perpetuas, que son: Por la desamortización, además de los sueldos, pesetas 36.000.000; por los 16.000.000 entregados por Felipe V en el Banco Pontificio para la Nunciatura en Madrid, 125.000; por la misma suma que destinó Fernando VI para San Pedro, 125.000.

¿Por qué no buscar también aquí las causas de la pesada tributación que agobia al contribuyente, los descuentos á empleados y militares, el excesivo coste de la vida, que es un 50 por 100 más cara que en varias otras naciones europeas? Se habla muchas veces de la elocuencia de las cifras... Pues las que van más arriba son, más que elocuentes, fulminantes.»

Mirado el asunto desde el punto de vista puramente utilitario, el autor de ese artículo tiene razón; *las cifras esas son fulminantes*; pero mirado desde el que debe verse, el de los bienes espirituales que esas cifras reportan á los españoles, repito la palabra: todo eso es una miseria.

Aquí lo malo es que esos bienes espirituales alcanzan á muy pocos. Suponiendo que las dos terceras partes de los españoles (12 millones) fueran católicos (lo cual no es cierto), y que se salvara el 1 por 1.000 (los enterados de lo que pasa allá arriba dicen que se salvan menos), resultarían que arribaban al cielo 1.000 por millón; 12.000 en total. Y francamente, esto de que cada uno de los favorecidos con el premio gordo de la bienaventuranza eterna nos cueste tantos miles de duros, es económicamente hablando, una verdadera ruina.

De consiguiente, creo que lo más justo y equitativo sería que suprimiéramos los intermediarios y que cada quisque se agenciara la entrada en el cielo por su cuenta.

Sería más meritorio para ellos y menos gravoso para nosotros.

COSAS DE FRAILES

UN CRIMEN CONVENTUAL

Concluía mi artículo anterior del jueves 1.º de Octubre presentando al hijo de mi abuelo y hermano de mi madre, llegado á su casa desde el convento de Agustinos de Murcia, en el que era novicio, en guisa bastante extraña, sin sombrero, sin capa, rasgado el hábito y con un solo pie calzado; pedía por Dios que lo escondieran, y en su rostro desencajado se manifestaba la expresión del pánico.

Cerró mi abuela cuidadosamente las puertas de la casa, propinó á su atribulado hijo consuelos, frases de aliento, y hasta le hizo tomar no sé qué pocima calmante. Repuesto un poco el joven, pudo coordinar sus ideas y hablar así á toda la familia reunida:

—Madre querida: yo no vuelvo más á San Agustín, de donde he logrado escapar milagrosamente. Lo que allí he visto es horroroso; nunca lo hubiera creído. Paseaba yo hace un rato por el jardín del convento cuando nadie había en él. La curiosidad de ver unas plantas me llevó hacia un rincón no visitado por mí aún; cuando las estaba examinando, oigo una voz débil como de enfermo, que exclamaba:

—Por aquí, hermano; por aquí, á la derecha; así, así á esta reja y por caridad écheme.

No vi á nadie; pero guiado por la voz me dirigí hacia donde se me indicaba. En efecto, había cerca del suelo una reja espesa, y tras de los barrotes vi con espanto la cara

escuálida de un anciano demacrado, macilento, casi una momia.

—Hijo mío—dijo al verme cerca,—soy sacerdote y religioso de este convento. Quince años llevé metido en la mazmorra donde me ves, y desde la cual he distinguido tu sombra cerca de esas matas. Mi existencia es horrible; sufro hambre, frío, insomnio, suciedad, torturas que sería largo contarte; ya ves, apenas puedo hablar, porque se me seca la lengua...

Hizo el religioso una pausa y prosiguió, no sin trabajo:

—Me traen una bazofia inmundada cada dos días y los viernes solamente pan duro. No sé por qué razón, el lego ha faltado esta vez. Llevo cuarenta y ocho horas sin tomar alimento y, lo que es peor, más de tres días sin beber agua. La sed me abrasa y me atormenta más, mil veces más, que el hambre; ¡es horrible, hijo mío! Grito, pero no me oyen, ó no quieren oírme. La Providencia te ha traído, sin duda; tú eres novicio y aún tendrás algún resto de sentimientos humanos que aquí se pierden muy pronto. Por lo más santo que haya para ti, por tu madre, si vive ó por su memoria, si ya murió, te ruego que busques agua y manera de dármele por entre estos hierros. Eso lo primero; después un mendrugo, cualquiera cosa, y si avisaras á la comunidad... pero no, no; tal vez ¡ay, hijo mío! no sé, no sé...

Horrorizado, le dije al preso que aguardara un instante, y ya partía en busca de un cacharro pequeño que pudiera pasar por entre los barrotes, cuando me siento cogido por el cuello fuertemente y me dicen:

—¡Ah, bribón! ¿Quién le ha enseñado este sitio, á donde no debió llegar nunca? ¿Con qué permiso habla con quien está excluido de toda comunicación?

Como pude me revolví. Era el padre Gómez, hombre robusto como de 50 años.

—Ese infeliz me ha llamado... la caridad creo que me obligaba á escucharle...

—¿Con que la caridad, eh? Ya se la enseñarán en otro calabozo peor que ese. Los secretos de la Orden no deben salir, no saldrán de ella, ni el que los sorprenda tampoco.

Y el fraile me seguía sujetando. Entonces, dándome cuenta de la situación, me resistí, procurando desasirme. Luchamos, logré taparle la boca... de un puñetazo bien dirigido, precursor de otro en un ojo, y de cuyas resultas cayó por tierra. Al momento escapó, luego á la portería, me ve el fraile que la guarda, se me acerca extrañado de mi traza descompuesta... otra puñada asestada al pecho del lego me libra de él; allí queda gritando; yo corro, corro desalado por las calles, y aquí me tenéis. ¡Dios mío, Dios mío! ¡el crimen! ¿quién había de pensarlo?

No acaba de pronunciar esta pregunta, cuando llaman á la puerta. Consternación; el novicio se esconde; asómase mi abuela á una ventana: era el prior con otro fraile. La señora les abre; suben, preguntan, les niegan la presencia del prófugo, ellos insisten; se les ve que están turbados; prometen no castigar al chico; le quieren mucho todos; aquello no ha sido nada, un error... una tontería. Pero la madre se hace de nuevas, no da lumbres, promete avisarles si su hijo llega y acaban por marcharse mohinos sin creer lo que se les dice.

Al poco rato llaman de nuevo. Era un sobrino de mi abuela, sacerdote secular (más tarde canónico), que venía ignorante de todo. Enterado en pocas palabras,

—¡Pero este Joaquín!—exclama—no estuvo en su juicio al meterse ahí, á pesar de ciertos consejos míos. Sal, hombre; yo no vengo á prenderte. ¡Calla! tienes un arañazo en la cara y un cardenal ahí en el cuello... los frailes muerden, ¿no te lo dije? Ya ves que no era un embustero.

—Oígame, tío—prosiguió—¿sabe por qué no soy yo fraile jerónimo como mi tío, el que ha muerto poco hace? Pues porque le comuniqué mi deseo y... ¿qué vas á hacer, desdichado?—me dijo.—Si te da por la Iglesia, hazte cura; pero venir aquí, nunca, hijo mío; esto es una farsa indigna, estamos engañando al mundo. Aquí se padece mucho si no se sabe ser verdugo; aquí no se conoce la caridad ni la amistad; reina el egoísmo, la sevicia, la envidia y la calumnia; se vive del odio; no hay virtudes, pero sobran vicios y malas pasiones; ¡si lo sabré yo, que llevo aquí más de cincuenta años y he sido prior, definidor, maestro!... No, hijo mío, no; aquí nunca. Y para corroborar sus palabras me contó dos historias que aún me ponen los pelos de punta al recordarlas...

En la noche de aquel día, el exnovicio marchaba disfrazado camino de Valencia. Allí estudió medicina. Cuando el que esto escribe nacía era ya él un doctor acreditado, católico, sí, pero que no le hablaban de frailes. De su boca escuché yo esta historia la primera vez, aún niño; luego otros parientes me la refirieron también. Mi madre, católica ferviente, mas no beata, cuando supo mi vocación clerical, me dijo lo que el fraile jerónimo á su sobrino:

—Bien, si te da por la Iglesia, hazte cura, aunque otro es mi deseo; pero por todos los santos, fraile, nunca; preferiría verte amortajado. El monaquismo ha sido el odio de mi familia.

JOSÉ FERRÁNDIZ

San Antonio, Teniente Coronel

Desde tiempo inmemorial San Antonio es teniente coronel del ejército brasileño, y

como tal cobra 60.000 reis mensuales, ó sean unas 165 pesetas.

Cobra la paga el prior de San Benito, y se va á abrir un crédito especial, porque al tal prior se le olvidó—cosa estupenda!—cobrar la mensualidad de Diciembre de 1899.

Doy la noticia para que se le consigne desde luego á la Virgen del Pilar el sueldo que al empleo de capitán general corresponde, pues no vamos á ser menos que los brasileños en punto á espléndidez con nuestros militares celestiales.

Y encargo al que cobre por la Virgen que no dé lugar con su negligencia á que tengamos que abrir créditos especiales. La exactitud en el cobro fué siempre la virtud más arraigada en nuestro clero.

Y no conviene prescindir de santas tradiciones.

PINCELADAS

«Salieron los vapores *Marte* y *Paradous* para América atestados de emigrantes de Castilla. Como se han terminado las faenas agrícolas, han pedido muchos castellanos pasajes para el mes actual.»

(De El País.)

Ha pasado de moda lamentar la desgracia ajena, se ha declarado cursi la lógica, y, sin embargo, á trueque de pasar por sensiblero y cursi, quiero hoy comentar, como ya antes lo hicieran otros, las fases de esa caravana de miseria que hacia otro continente va...

Se van ellos, los que trabajaron durante las pasadas faenas estivales; se van los que segaron la espiga, los que la desgranaron cantando sobre el trillo en la era, los que aguantaron impertérritos el sol agostoso en la tarde canicular; se van los que encastraron el grano rubicundo y provído en trojes y sobrados; se van.

Apenas penetró el último costal por la ancha puerta de la panera, ellos escapan, cumplida su misión. Su misión era de trabajo, y el trabajo ya se acabó en la llanada.

Llevar en sus frentes curtidas por el ábrego algunas arrugas más, y en sus almas impolutas nuevas amarguras, recientes desengaños; pero la bilis reposa, el cerebro, si no ecuaníme, al menos va tranquilo. Ellos saben que como hombres cumplieron su deber. Trabajaron; lo que ignoran es que abandonaron sus derechos, sus derechos de ciudadanos, pues en vez de aniquilar al que les robó trabajo y pan, le regalán la casa solariega para que la disfrute tranquilamente y no molestarlo con visión truculenta, si acaso algún día llegaban en legión, acuciados por el hambre, hasta su puerta implorando una limosna. ¡Siempre la limosna!

Se terminó el trabajo, y ellos se van; ¿qué podían hacer aquí cuando el acaparador y el logrero pongan á la venta el grano que ellos sembraron? Id, id en paz; lleváis la conciencia tranquila, fuisteis honrados; la hiel reposada, fuisteis humildes; la prole canija y la compañera familiar; mas esto ¿qué importa? Fuisteis honrados, habéis sufrido con paciencia las adversidades de la suerte, que diréis vosotros; la ignorancia y la cobardía, que digo yo. Pero no. No amarguemos con triste salmodia vuestro éxodo; que la suerte os sea propicia; que el cielo, en quien sin duda confiáis, premie mejor que el amo lo hizo vuestra laboriosidad y mansedumbre. ¡Adiós, paisanos!

ANGEL MACÍAS RODRÍGUEZ

Arévalo, Octubre de 1908.

Los de ayer y los de hoy

Cuando veo á ciertos republicanos aliados con los carlistas, representantes en España del absolutismo que es la tiranía y la Inquisición, recuerdo aquella sesión memorable celebrada en el Estamento de Procuradores el 7 de Octubre de 1834 en que el Sr. Trueta y Cosío dijo explicando lo que representaban D. Carlos y su partido:

«No son los supuestos derechos de legitimidad los que impelen á los rebeldes á defender la causa del Pretendiente. La verdadera causa es el amor y la adhesión de este príncipe al régimen del despotismo, su ciega sumisión al poder del oscurantismo religioso. Si abrazase mañana D. Carlos los principios liberales, todos sus secuaces le abandonarían en el momento, á pesar de los derechos que le conceden. No se crea que la contienda que alarma á Europa es una mera guerra de sucesión; no, señor; es una grande, tenaz y formidable batalla en que tiene que decidirse la suerte de dos grandes principios: el principio de la ilustración y la libertad, y el del despotismo y la esclavitud de los pueblos.»

Después de hacer una descripción simbólica de un pueblo regido por la libertad y otro por el despotismo, aplicándolo á España, añadió:

«Mas allá, en lontananza del cuadro, se divisa un vasto, soberbio y tenebroso edificio. Es el templo de la Inquisición. De su seno salen atropelladamente cual hambrientas y carnívoras fieras, unos hombres vengativos que dicen ser ministros del Dios de paz y amor. Estos sacerdotes se están preparando para consumir horribles sacrificios. Allí se ven las tristes sombras de las víctimas que perecieron porque no pensaban como sus verdugos, ó porque noblemente abrazaron el grito de la libertad contra la tiranía. Allí

se levantan á porfía los cadalsos y se encienden de nuevo las hogueras, y al resplandor sombrío de las llamas se ven perecer las víctimas infelices. Y se oyen los alaridos de la desesperación subiendo al aire mezclados con la maldición de los bárbaros espectadores y de los cánticos religiosos de los ministros del Señor. ¡Qué horror! ¡Qué profanación! ¡Qué sacrilegio!»

El elocuente D. Joaquín María López se expresó después de este modo:

«¿Cuál sería el espantoso cambio si por nuestro mal llegase el infortunado día en que ese alevoso príncipe quedase árbitro de nuestro destino? Ciego en seguir la inspiración de su venganza, cruel y feroz como buen fanático, sometido absolutamente al Consejo de unos hombres que anunciándose ministros de un Dios de paz sólo ordenan para complacerlo la matanza y el exterminio; de unos hombres, repito, que á la cabeza de hordas inmorales y desalmadas han trocado el pacífico incensario por la espada matadora, la estola por el tahalí, y los himnos consoladores y augustos de nuestra religión, por el grito fiero de destrucción y guerra; sus ojos jamás se saciarían de víctimas y de sangre, y los más celosos defensores de la humanidad y de la justicia vendrían á servir de triste pábulo á la horrorosa pira de la bárbara Inquisición.»

El Sr. Caballero añadió:

«El caso está previsto en nuestras leyes; no hay otro medio que la insurrección contra la tiranía. Si, señores, la insurrección con tan justo motivo está autorizada, mandada en nuestras leyes antiguas fundamentales, señaladamente en la Ley 3.^a título 19 de la Partida 2.^a que dice, después de definir qué es tiranía y quién es tirano, que cuando se ejerza esa tiranía, «todos los moradores de España, desde la edad de catorce años hasta la de setenta, son tenudos á tomar las armas para derrocar al tirano, y que si no bastasen los hombres, están también obligados á contribuir á ello hasta las mujeres.»

¡Qué hermoso lenguaje y qué justas ideas! Todo respira españolismo, virilidad, amor á la libertad y á la justicia.

Mientras que hoy da vergüenza ver á unos republicanos predicando sensatez, á otros sumándose con los clericales en procesiones, cofradías, Colegios de Santa Rita, Hermanidades del Refugio, á otros conviniendo con los carlistas, á otros ayudando á los gobiernos monárquicos en institutos reaccionarios y tiránicos como el de Reformas Sociales, á otros votando créditos para funciones de Iglesia...

Pero ahora caigo en que he estado duro al decir que todo eso da vergüenza y voy á rectificar.

No, eso no es vergüenza lo que da. Es asco.

Y le pusieron "Inri"

II. En tiempo de Isabel II pasaban las cosas, en lo que toca á este particular, del modo opuesto. Entonces la opinión del mundo entero era favorable al pueblo español y muy desfavorable á aquella reina, lo cual llegó á costarnos una guerra, la del Pacífico. Porque el pueblo, que dentro del país no tenía miramiento ninguno con los gobernantes, á los que trataba pésimamente de palabra, y en cuanto hallaba ocasión también de obra, no aguantaba que los extranjeros se propasasen demasiado; y las desvergüenzas de un periódico chileno, llamado, si no recordamos mal, *El San Martín*, fueron la causa principal de aquella guerra. Ogaño, si nuestros gobernantes hiciesen de lo que el pueblo se dice por esos mundos de Dios, la milésima parte del caso que el pueblo hacía de lo que antaño se decía de los gobernantes, éstos no cambiarían ni el saludo con ninguno de los extranjeros.

Entre los franceses, sin ir más lejos, no se merdía la lengua ni el mismo Napoleón III que á un embajador de España le manifestó su disgusto por lo mucho que D.^a Isabel cambiaba de ministros, y á otro, en la recepción de 1.^o de año, le largó aquello de «De la reina de España depende...» En cambio hoy monsieur Pichón por un lado, hace unos años, se irritaba, enfurecía y desgañitaba, en un vapor francés en que iba y que tocó en un puerto nuestro, para amparar á un procesado que acababa de meterse y esconderse en dicho buque, y á quien se le seguía causa por ataques al Ejército; y por otro lado internó, hace poco, al Sr. Lerroux, y después le puso impedimento á embarcarse para América.

De los ingleses no hablemos. Sus embajadores solían significarse tanto á favor de los partidos populares, que á uno de aquéllos, por un hecho de esta especie, tuvo Narváez que plantarle los pasaportes en la mano. Hoy, hoy... ya se recordará lo de los «pueblos degenerados», de Salisbury, y si no... ahí están, ó estaban hace unos meses, ingleses y rusos disputándose en la prensa con la mayor fresecura el alto honor de haber sido los que, con su actitud, hicieron posible el atropello cometido en nosotros por los yanquis.

Y esto, al mismo tiempo que todos esos gobernantes extranjeros y sus correspondientes prensas oficiosas se deshacen en elogios de los superhombres que á nosotros

nos gobiernan, ¿qué quiere decir sino lo que hemos dicho?

Afortunadamente por el momento, el señor Maura, aunque el aplauso y la admiración dentro de casa no le disgustan, y aun su carácter un tanto teatral más bien los busca, no parece que se deja llevar de interesados encomios extranjeros; pero el caso es que el estado de cosas de ahora, en relación al del tiempo de Isabel II, ya que hemos sacado á colación aquella época, puede definirse de este modo:

Antes de la revolución de 1898, España, á los ojos de otras naciones, era un pueblo de primer orden gimiendo bajo una monarquía de orden muy inferior, y hoy se nos toma y se nos tiene por una monarquía de primer orden que tiene la desdicha de hallarse al frente de un pueblo nada más que de cuarto ó quinto. Esto es lo que viene pasando y en lo que primero hay que buscar manera de poner enmienda; porque no irán bien los negocios, sobre todo los exteriores, en un país en que los otros ven que hay un pueblo de valer y malos gobernantes, pero aún tendrán que ir mucho peor cuando equivocadamente se crea que el pueblo no vale ni se merece nada, y que á quien hay que halagar y abobar, para sacar partido, es á los gobernantes.

S. E.

Obreros y católicos

En Madrid *El Universo* es órgano de los Círculos, Sindicatos, Cooperativas, Patronatos y demás instituciones católicas obreras.

Promulgada la ley del descanso dominical, los repartidores del diario susodicho pidieron el cumplimiento de ella, con tanto mayor motivo cuanto que es al propio tiempo la observancia de no sé qué mandamiento de la ley de Dios, olvidado por *El Universo*.

Echó sus cuentas el papel religioso y vió que le convenía seguir faltando á las dos leyes—la del Reino y la de Dios,—y los repartidores tuvieron que declararse en huelga y dar un escándalo.

Perdieron la huelga, y *El Universo* sigue quebrantando las dos leyes. No sabemos el castigo que le impondrá el Supremo Hacedor cuando llegue el Juicio Final; pero lo que es en la tierra maldito si las autoridades le han impuesto una mala multa.

¡Ah! Y el diario órgano en Madrid de las monsergas católico-obreras, cuando hace al caso defiende, no sólo la santificación de las fiestas, sino la ley del descanso dominical.

En Barcelona, calle de Cortes, núm. 567, hay una fábrica de chirimboles religiosos propiedad de un pío varón temeroso de Dios, sujeto catolicísimo si los hay.

En la fábrica funcionan máquinas y aparatos peligrosos, gracias al olvido de su dueño, que no adoptó los mecanismos y medios preventivos que ordena la ley para evitar accidentes.

Pues en esta fábrica trabajan diez menores de uno y otro sexo, que si trabajan muchas horas y no pueden ni aun respirar, en cambio cobran salarios bastante reducidos.

Y cuentan que el mentado dueño de la fábrica de cachivaches religiosos piensa reemplazar con niños y niñas los cuatro adultos que aún conserva.

El centralista de las obras de la catedral de Vitoria ha despedido á once canteros porque el obispo no quiere que trabajen en aquellas obras sino los individuos que pertenecían á los Círculos católicos.

Y así se hace saber en un cartel que se ha fijado en la puerta para que nadie se llame á engaño.

Se continuará esta exhibición de botones de muestra.

J. J. MORATO

¡Estos son hombres!

Cojo lo bueno donde lo encuentro. Y hoy, 8 de Octubre, encuentro un artículo de Ramiro de Maeztu en *La Correspondencia de España* que encaja de tal modo en mi manera de pensar, que voy á copiar parte de él, para que se vea qué entiendo yo por un gobernante.

Habla del ministro de Hacienda de Inglaterra, Lloyd-George, y dice:

«Ayer pronunció en Swansea un discurso de tonos tan radicales, que en España no pronunciaría otro análogo, no ya Besada, ni Moret, ni Canalejas, ni D. Melquíades, con ser republicano; puede que el propio Pablo Iglesias, si estuviese á la cabeza de un partido más numeroso, se sobresaltase al escucharlo.

Veán ustedes, por ejemplo, de qué modo formula el alcance del liberalismo:

«El liberalismo del Continente europeo se ha ocupado exclusivamente de enmendar y perfeccionar la maquinaria que debería dar pan al pueblo; se olvidó de que el pueblo tenía que comer mientras se realizaba el proceso, y que las gentes veían que se pasaba la vida sin que se hiciera nada. Dejad que el liberalismo de este país continúe su obra gloriosa de levantar el templo de la libertad, pero tened también en cuenta que las multitudes adoradoras del altar necesi-

tan vivir. El reconocimiento de este hecho elemental ha impulsado la aprobación de la ley para las pensiones a los viejos. No es sino el principio de las cosas. La legislación de este carácter es justa y constituye un severo comentario a nuestra civilización el que hayamos tardado tanto tiempo en asegurar la vida de los ancianos pobres y buenos.

Ved ahora cómo expone los deberes del Estado para con los pobres:

«En tanto que la pobreza de un hombre se debe a circunstancias que no puede gobernar, el Estado tiene el deber de agotar sus recursos para salvarle de los tormentos físicos y mentales que entraña la extrema penuria.

«Aun la misma holgazanería suele deberse a falta de vitalidad, y ésta a alimentación insuficiente.

«Pero el Estado tiene también deberes para con los enfermos y los sin trabajo, no sólo para con los viejos, y además para con los hijos de los trabajadores. Estos deberes del Estado son más urgentes en épocas como la presente, de depresión comercial.

Este es el país más rico del mundo. ¡Y hay cientos de miles de hombres sin trabajo, en la mayor miseria! ¿Qué es pobreza? ¿La habéis sentido vosotros? Si no, dad gracias a Dios porque os ha evitado sus sufrimientos y sus tentaciones. ¿Habéis visto a otros padeciéndola? Entonces rogad a Dios que os perdone por no haber hecho para aliviarla cuanto podáis... Pues día llegará—y ese día no está lejos—en que el país se echará a temblar al pensamiento de que ha tolerado tal estado de cosas cuando estaba nadando en riqueza. Vuelvo a decir que eso, aparte de su esencial inhumanidad é injusticia, eso es latrocinio, eso es confiscar la parte del trabajador en las riquezas de la tierra.

Respondiendo a los que combaten la política del actual gobierno inglés con el argumento de que espanta a los capitales y les hace huir a otros países, les dice el ministro a los capitalistas que «el mayor capitalista de aquel país es la Naturaleza, y que ninguna de las ventajas que por esto disfruta se lo debe a los pares y señores de la conquista normanda». «¿Es posible—añade—que los grandes capitales de la Naturaleza se los lleven a otros países los capitalistas asustados?»

Y concluye Maeztu su artículo en esta forma:

«Y mientras Lloyd-George, ministro de Hacienda, hombre de ideas profundamente religiosas y monárquicas, habla ese lenguaje, nuestro D. Melquíades va por esas provincias diciendo: «Democracia, pero no demagogia!» «¡Sí, cuidado, mucho cuidado, no sea que D. Alejandro Pidal vaya a enfadarse!»

Era un día de gran fiesta en Sevilla, y las mujeres fueron a la plaza de toros con sus mejores galas.

Millares de personas aguardaban a que salieran para verlas y admirarlas, entre ellas dos gitanos que habían bebido un poco más de la cuenta.

Al salir las primeras alzóse un murmullo de admiración; tan guapas eran y tan gallardas y lujosas iban: las que le siguieron no le iban en zaga, ni las que vinieron detrás tampoco.

Los gitanos comenzaron a hacer guiños y visajes, animándose por grados, y demostrando su admiración en forma poco diplomática, hasta el punto de llamar la atención de las gentes, pero sin pronunciar una palabra.

De pronto, y en voz que llegó a todos los que estaban a diez metros de distancia, se arrancó uno de ellos así:

—Compare, estas son mujeres, y no las porquerías que tenemos en casa.

Lo mismo digo yo después de leer el artículo de Maeztu:

«Estos son hombres, y gobernantes, y demócratas, y no los porquerías que venimos soportando de treinta y tantos años acá. Con hombres así viven los pueblos, se engrandecen las naciones y se honra a la humanidad.»

Un cuervo blanco

Predicando un cura en Benicalap (Alicante) diz que dijo esto:

«Los bienes de la Iglesia no son de éste o del otro devoto que se mete a recaudador espontáneo, ni de los jesuitas, ni de los frailes, ni de las monjas, ni de los curas, ni de los obispos; esos bienes, representados por templos suntuosos, palacios episcopales, seminarios, conventos, colegios, orfelinatos y manicomios, predios inmuebles, títulos de la Deuda, alhajas y tesoros, no pertenecen por igual a todos los fieles españoles bautizados; son intangibles, y los que usan de ellos en provecho propio, fuera de los límites señalados a los ministros del altar, de un modesto y mortificado pasar, os roban, nos roban, se comen la sangre de los ancianos desvalidos, de los huérfanos abandonados, de las viudas necesitadas, verdaderos amos y señores de todos los bienes de nuestra Iglesia.

El obispo es un simple administrador de la diócesis, como el cura de la parroquia; el jesuita y el fraile no son nadie; su misión no pasa de la de ayudantes y cooperadores a las inmediatas órdenes de los párrocos.

Cuanto dicen que poseen, ¿de dónde ha salido? Del bolsillo de los fieles, de nuestros bolsillos. No hay ni una sola comunidad religiosa que, aparte las escasísimas que exigen un mequino dote, haya traído una sola peseta; el convento, la iglesia y todo cuanto la comunidad se envanece de poseer, es nuestro, de nuestros pobres, de nuestros necesitados, porque nadie es tan estúpido que sacrifique sus intereses en enriquecer personas que no conoce, que no trata. Los donantes han socorrido las obras, pero sin intención de hacer poderosos propietarios a frailes y monjas.»

He leído varias veces lo anterior, y cada una me ha gustado más que la otra; pero dudo que ese conjunto de sinceridades sea obra de un cura. Persigue de tal manera y tan cruelmente la Iglesia a todo cura que levanta siquiera una punta del manto que cubre sus concupiscencias, que se necesita el valor de cien héroes para hablar como dicen que ha hablado ese en Benicalap.

Mas por si me equivocara, y realmente ese cura hubiera hablado así, voy a elogiarle en la forma más honrosa para uno de su clase: «Merced a usted ser hombre libre, no sacerdote esclavo.»

Buen sastre

Pío X a unos peregrinos:

«Sin obediencia no hay caridad, porque la desobediencia engendra el cisma y el desorden. En Venecia no hay modernismo, pero como hasta el aire es peligroso y cada flor esconde un veneno, yo digo siempre a los sacerdotes: «No os fiéis de ciertos periódicos que llevan la etiqueta de católicos. Cuanto menos leáis los periódicos, menores serán vuestras inquietudes.»

¡Qué tal! Hasta el Papa conoce a los papeles que aquí se llaman a sí mismos de la Buena Prensa.

¡Mala peste en todos! Estoy pesaroso de haber escupido sobre ellos en el primer número de esta segunda época de EL MOTIN. ¡Pobre saliva mía, y qué asco sentiría al caer sobre esa inmundicia!

No lo medité bien. De haberlo hecho, hubiera comprendido que hasta escupiendo los honraba.

Perdóname, infortunada porción de saliva. Hay días aciagos hasta para las secreciones.

Modas y otros excesos

Vamos a conceder que el sacerdocio católico sea lo más sublime que existe en el mundo.

Vamos a dar de barato que los curas españoles sean el prototipo, la flor y nata de la andante curería.

Bueno; pues a renglón seguido declaro que el traje que usan en España los ministros del Señor es un verdadero mamarracho, que debiera desaparecer cuanto antes de sobre la faz de la tierra.

Esas faldas y sobrefaldas negras, esos sombreros que a enormes cucarachas se asemejan, esos gabanes que arrastran y esas esclavinas que se quedan en la cintura, son una bofetada a la estética y un puntapié a la dignidad sacerdotal.

¡Sí, señor; a la dignidad sacerdotal!

Y si no, vengan ustedes aquí, señores defensores acérrimos del traje talar, y díganme, por lo que más quieran en el mundo: ¿qué significan esas hopalandas? ¿a qué viene ese continuo color negro? ¿qué pretenden esos fieltros peludos en la cabeza? ¿a qué obedecen esos pliegues y esas nesgas interminables?

Porque es mucho de advertir y ponderar que el sacerdocio católico solamente por hombres puede ser ejercido, y, por lo tanto, es un absurdo enorme vestirlo de mujer.

No se le ocurre al que así la manteca declara que los varones, y solamente los varones, han de ser curas, y luego imponer la obligación de usar faldas a esos mismos curas.

Y no hay que darle vueltas; las faldas sacerdotales, como las faldas femeniles, exigen ser recogidas cuando hay barro, piden ser llevadas con cierta gracia y prohíben terminantemente los movimientos varoniles. ¡Estaría bueno un sargento de caballería dando zancadas dentro de unas faldas!

No, la vestimenta que llega al suelo y envuelve las piernas pide necesariamente el paso menudo y taconeado de la mujer. Por eso los acostumbrados durante largo tiempo a la sotana no saben andar con pantalones: son mujeres vestidas de hombre.

Es el traje del cura español completamente anticatólico al ser antivaronil.

Pues si nos fijamos en el color, nos encontramos con otro disparate. ¡Y menudo!

Por ahí dicen que el color negro de la indumentaria sacerdotal es luto por la muerte de Cristo, es recuerdo de la muerte humana y es símbolo del desasimiento de todo lo creado que debe relucir en los curas.

¡Buenas y gordas!

Entonces los cardenales, que visten de co-

lorado, no tienen que ver nada con la muerte del Redentor.

Los obispos tampoco, y los mismos sacerdotes se quitan completamente el luto precisamente cuando van a la casa del que fué crucificado.

En cuanto a lo del desasimiento, digo lo mismo: que ni con candil se encuentra una razón para que ese símbolo no aparezca en los que son príncipes de la Iglesia.

Eso sí; la nota de los curas negros por las calles y plazas en trenes y tranvías, no la estiman los que no han pasado unos años en América o en Inglaterra.

Es imposible formarse una idea de lo retrógrado, antiartístico, brutal que resulta ese traje mezclándose con las gentes del siglo xx. Y esto, no a los anticlericales, sino a todo bicho viviente, y a los mismos eclesiásticos.

Los que han vivido en otras naciones, aun siendo fervorosos religiosos, no se avienen con estas faldas y estos esperpentos. Para tener prestigio lo importante es ser culto y vivir honradamente.

Pero claro; la mojigatería salvaje discurre así: cura es el que viste con unas faldas negras. ¿Se las quita? Pues ya no es cura. Y así será mientras en España no haya un Juárez que se lleve la manta a la cabeza y diga: «Caballeros sacerdotes: ustedes pueden ponerse todas las faldas y todas las visiones que gusten, pero dentro de casa. En la calle me visten ustedes como el común de los mortales, porque si no los zampo en la cárcel.»

¿Tiranía, despotismo, arbitrariedad? Ni por pienso, sino cuidado de la estética pública y del prestigio de la misma religión. Los hombres no pueden ponerse faldas porque lo vedan el sentido común, la cultura, el arte y... el catolicismo.

LEO TARD

RECuento

De los diez y siete millones de personas que hay en España, ocho no saben leer ni escribir... ¿Qué pensarán? Pensarán, aproximadamente, como su perro, como su asno. Todo lo que saben lo sabrán de oídas; las moverá el instinto. No escriben, no leen, no inducen ni deducen, no filosofan; pero ¿creer? Eso sí; creen a pies juntillas lo que no ven; forman una materia muy apropiada para la cimentación de todas las imposturas.

Se me objetará que entre esos millones de personas hay muchos niños. Sí; pero todos son católicos, según las estadísticas. Desde que empiezan a mamar, como estén bautizados, son católicos. Y tienen sobre los adultos la ventaja de que no pueden pecar de pensamiento ni de obra mientras son párvulos.

Después, de los siete años en adelante, buen cuidado tiene la milicia de Cristo de prevenirlos en el confesionario contra las tentaciones del demonio, que se enrosca en el sexto como una serpiente fascinadora. Muchos jóvenes, demasiado advertidos a las primeras lecciones, no vuelven más. Y ellas... tampoco.

Entre los nueve millones restantes, cinco sabrán garrapatear su firma y deletrear algunas palabras del catecismo; dos y medio escribirán cartas familiares, con expresiones para los amigos, repitiendo los *pues* en la mayoría de los incisos y al principio de todos los párrafos; un millón leerá periódicos sin ver nada entre líneas, escribirá su correspondiente drama en prosa ó verso, y se compondrá de comerciantes, burócratas, profesionales de medianas categorías, etc., etc...

Queda medio millón limpio de seres que hacen honor a la especie, que piensan y reflexionan, al parecer, y tienen muy bien puesta la cabeza sobre los hombros.

De esas quinientas mil personas habrá que descontar cuatrocientos mil loritos que repiten, sin comprenderlo, cuanto dicen los demás. Los demás son hombres ó mujeres, porque en mi cuenta se han acabado los loros y las cotorras.

Cien mil productores de ideas tenemos en España. No pongo uno más; ya he sido espléndido en la clasificación. Si a cercenar fuese, sólo aprovecharía diez ó doce unidades: Costa, Unamuno, Grandmontagne, Morote... Sí, también Morote; ¿por qué no?...

Resulta, pues, que esos cien mil personajes alcanzan su tinglado sobre el fundamento popular, inconsciente, pétreo, inmovible, y que bajo los palios y doseles consagran una ficción, un monstruo acéfalo y ventruado, espantajo de las ideas, aplastador de hombres, bestial, contaminado de todas las pestes orientales, y en cuya panza guardan el oro que extraen con fatiga cavando la tierra los humildes, esos cien mil adoradores del Dios éxito, tan incrédulos como hipócritas.

Porque no creen; fingen la creencia para que el pueblo los imite, sintiéndola de corazón; para que la fe inmovilice la conciencia humana; para que el pensamiento, al rebullir, no raje y descomponga y trastorne la tierra donde se alza el tinglado.

Aun los enterizos, los probos que en su fuero interno desprecian la falsedad, contri-

buyen a sostenerla por miedo, por abulia, por temor al escándalo, por el qué dirán, por falta de resolución.

Los inteligentes tienen escrúpulos de monja para emanciparse; los de abajo, aunque anden, siguen el perezoso camino de la rutina. Unos adoran al Buey Apis porque viven de las ofrendas; otros no se atreven a destrirlo... porque le han reverenciado desde niños, como sus padres y sus abuelos.

La mentira se sostiene en cuatro palos... ¡Dadles con el pie!

ARGOS

Cárceles y presidios

El Pueblo, de Valencia, después de elogiar el régimen humanitario introducido en la Cárcel Modelo de aquella capital, dice «que en el penal de San Miguel de los Reyes, siguiendo un sistema progresivo absoluto, no escrito en ninguna parte y mucho menos aconsejado por ningún autor moderno en materia de reforma penitenciaria, ni estatuido en ninguna ley de períodos, se amarra en blanca por espacio de un año (¡qué horror!) al penado y se le priva durante este tiempo de comida extraordinaria, tabaco, etc., subsistiendo todavía el innoble grito de *vivan las caenas*».

Pues aquí, una de dos, señor director de Penales:

O el director de la Cárcel Modelo de Valencia falta a su deber, ó falta el del Penal de San Miguel de los Reyes.

Y en cualquiera de ambos casos, urge que usted intervenga para castigar al que lo hubiese merecido.

A menos que el grado de sus energías no vaya más allá de la Cárcel de Madrid, donde una pregunta de cualquier periodiquito del Cuerpo le basta a usted para disponer la formación de un expediente.

Urge, pues, ó decretar la aplicación del palo, el vergajo, la cadena y el hambre para todas las cárceles y presidios, ó suprimirlo en todos.

Porque, de lo contrario, maldita la falta que hace el cargo de Director General de Penales. Siendo autónomos los de cárceles y presidios, podíamos ahorrarnos aquel sueldo

Manejo de flores místicas

Iba Dom Giorgio Rigola (cincuenta y dos años), sacerdote de Bergamo, a celebrar una misa en la capilla del marqués Julio Persi, cuando encontró un lindo rapaz de once ó doce años.

Le ofreció medallas, estampas religiosas, y para entregárselas le llevó a su casa...

El muchacho tuvo que meterse en la cama al día siguiente para curarse unas lesiones de tal índole, que el médico se creyó en el deber de denunciar a las autoridades judiciales.

Todos los comentarios que se me ocurren para juzgar este hecho son escabrosos. Por esto lo suprimo, limitándome a decir que la Buena Prensa no se ha ocupado de esta niñería.

Y me lo explico, por aquello de «hoy por ti, y mañana por mí», «no hagas con otro lo que no quieras que hagan contigo» y el que esté sin pecar que tire la primera piedra.

¡Y ¡che usted aforismos cristianos!

Bibliografía

Los editores F. Sempere y C., de Valencia, son de los que no descansan en su noble tarea de poner los libros de los mejores autores del mundo al alcance de las más modestas fortunas, enriqueciendo cada día su preciosa colección de «Libros populares», a peseta el tomo.

Ultimamente nos han remitido tres obras, que seguramente alcanzarán tanto éxito como todas las que edita tan acreditada casa.

La *circulación de la vida*, por Jacobo Moleschot, traducción de J. González Llana.—Dos tomos.

Gran revuelo causó en el mundo científico esta obra del célebre biólogo holandés, siendo causa de innumerales debates, de los que no pudo salir más airoso el autor.

La *circulación de la vida* es un libro de ciencia al alcance de todas las inteligencias, en que su autor defiende con tesón las doctrinas de la escuela darwiniana, avalorándolas con los modernos descubrimientos, los cuales expone con gran sencillez y claridad.

Un *sueño de amor*, novela social, por Leda Rafanelli. Traducción de J. Prat.

La autora es muy conocida en Italia por sus campañas en pro de la liberación de las clases proletarias, y en especial de la dignificación de la mujer obrera.

Su última obra es una preciosa novela, un estudio psicológico de un corazón femenino, que a pesar de sus despreciosas especulaciones sobre el actual ambiente que rodea a la sociedad, sucumbe víctima del más tirano de los tiranos: el amor.

El *rey sin corona*, drama, por Saint-Georges de Bouhélier. Traducción de Carmen de Burgos Seguí.

Cuando se estrenó este drama en París, el llamado *gran mundo* puso de su parte todos los medios posibles para hacer el vacío alrededor de la obra de Bouhélier por su tendencia marcadamente antiburguesa; pero esta insidiosa campaña no dió ningún resultado, por cuanto el verdadero público, la masa, le dió su aprobación, tributando grandes ovaciones al autor y asistiendo al teatro siempre que se representaba su obra, que duró mucho tiempo en los carteles.

Todos estos libros llevan en la cubierta el retrato del autor, y se venden a peseta el tomo en todas las librerías.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

(CONTINUACION)

Día 19.—Del capitán general de Guipúzcoa al gobierno:

«La facción no cede ni retrograda, ni el *fuego levítico monacal* deja de soplar la constancia en la rebelión... pues aun los que parecen buenos, son lo mismo que los otros.»

Día 20.—Sabe el capitán general de Castilla la Vieja que el 20 de Noviembre había llegado al convento de Matallana, cerca de Burgos, un sujeto vestido de religioso en un carro; que entró sin que los criados viesan al personaje y que permaneció en el convento bajo la denominación de cantor mayor. De día salía á paseo con el abad ó su hermano, de noche recibía la visita del cura de Guadalupe; y como las señas del indicado coincidiesen con las del obispo de León, el capitán general mandó cercar sigilosamente el convento por la tropa. Cuando ésta llegó el pájaro había volado; pero estrechados por el jefe de la fuerza, el abad y los frailes declararon que el obispo de León permaneció oculto en el convento hasta que supo que se había registrado la casa del cura de Guadalupe.

—El lego del convento de Benedictinos de San Pedro de Arlanza, fray Isidro Alonso, denuncia á la fuerza del alférez Gallo el sitio donde Merino tenía escondidas las armas, y declara que se le quiso ocultar en el convento, pero que él los disuadió por el compromiso inútil en que iba á poner á los frailes. La confianza que tendría en éstos la reveló al pedir con gran instancia que le llevasen á otro convento, porque si volvía Merino le quitaría la vida. El abad quiso excusarse luego, diciendo que si Merino escondió las armas de acuerdo con el lego, fué debido á la simplicidad de éste.

—Es detenido en Bayona el pagador del ejército de Sarsfield, que se rugó con el dinero, y se le encuentran *diecisiete mil* duros de los treinta mil de las cajas del ejército que robó al fugarse, habiéndose invertido los 13 mil duros que faltaban en auxilios á los carlistas. Declaró que había sido catequizado por un fraile.

—Entran las tropas de Oraá en Tudela, donde no sabían el color de los uniformes del ejército: tan carlista era la población. A las pocas horas dos paisanos acometen á traición á un soldado que había salido de su alojamiento á tomar la orden y le hieren gravemente. Otros hacen lo mismo con otro infeliz soldado, acometiéndole por la espalda mientras—dice el parte—«hacía sus necesidades». Los asesinos habían sido instigados por los frailes.

Después de leer todas esas *noticias oficiales* de los tres meses primeros de la insurrección, nadie dudará de que se debió exclusivamente á las gentes de Iglesia, y que, por lo tanto, debemos todos protestar día y noche contra los miserables que osaron más tarde abrir prematuramente las puertas del cielo á unos cuantos de aquellos Padres benditos.

¿Hay que anatematizar una y mil veces aquella matanza realizada por las turbas sin causa ni justificación posible; las obras de caridad y amor anteriormente relatadas merecían otro premio.

Aunque lo que demuestra claramente que los canallas aquellos no obedecieron á ninguna idea levantada, es su falta de equidad. ¿Creían en conciencia que realizaban un acto de justicia? Debieron extender el radio de acción. ¿No lo creían? Pues debieron haber respetado á todos los frailes.

Primer párrafo de la proclama que circuló en Aranjuez en los primeros días de la guerra:

REAL PROCLAMA

¡Viva la fe de Jesucristo! ¡Viva Carlos VI!

«Mis más amados oyentes—decía fray Félix Alvaro, predicando en la iglesia de San Juan de la Rivera, en Torrente, provincia de Valencia:—yo he visto apedrear un santísimo Cristo; y he oído decir *¡muera Dios y viva Luzbel!*; la religión se acaba, hijos míos; estamos peor ahora que en tiempo de los albigenses, es decir, de los herejes.»

¿Fué un hecho aislado? No; era la consigna. Se apelaba á este medio para levantar partidas, para excitarlas á batirse, para disculpar asesinatos. Cabrera, al pretender disculpar los de Alcotas, dijo que los liberales habían arrastrado las imágenes.

Copio á continuación la carta que sobre este hecho dirigió en 7 de Junio de 1845 el

mismo párroco de Alcotas á una persona que le pidió datos sobre el hecho:

«Muy señor mío: En atención á las preguntas que usted me hace de los ciento cuarenta y cinco fusilados en 17 de Abril 1836, debo decir á usted que por la noche fué cierto que estuvieron en la iglesia, pero no pudieron arrastrar de ningún modo la imagen de ningún santo, porque cerré yo en la sacristía todas las imágenes portátiles que había en la iglesia, y en su caso, no pudieron hacer sino alguna burla del Santo Cristo que está en el altar; pero nadie pudo verlo.

Acerca del entierro, sólo cantaron algunas coplas por la calle, y no en la iglesia.

Los soldados hicieron fuego hasta tanto les duraron los cartuchos, bajaron de la umbria á la llanura, donde fueron rendidos por la caballería. Fueron fusilados después de rendidos, y exhortados por el padre Escoriñuela, habiéndose confesado los oficiales. Los vecinos que presenciaron al acto no vieron otra cosa que el fusilamiento.»

El decidido y eficaz apoyo que prestaban á las facciones, lo demuestra la organización establecida para comunicarse entre sí.

El arzobispo de Tarragona y el obispo de Tortosa eran los jefes de la organización en Cataluña. Transmítan las órdenes al monasterio de frailes Benedictinos de San Feliú de Guixols, en donde estaba la caja principal; de aquí pasaban á los curas de los pueblos, y de éstos á otros eclesiásticos subalternos.

Los curas se reunían para sus deliberaciones cada vez en un sitio, y con este sistema no había manera de interceptar documento alguno, tropezando por todas partes las autoridades con la red de la conspiración.

Y tan bien se entendían y tan perfectamente organizados estaban, que al primer aviso se echaron al campo en número tan considerable, que en una de las primeras acciones sostenida cerca de Tolosa por las fuerzas de Castañón y los carlistas, los liberales recogieron un botín abundante, no de prendas de soldado, sino de cura; iban tantos y corrían con tal entusiasmo, que abandonaron ricos ornamentos, casullas, manteos, etcétera, etc.

El Subdelegado de Fomento de Salamanca dijo al gobierno en 12 de Febrero de 1834:

«Cuando en el parte que escribí ayer á V. E. dije que se notaba movimiento entre los agentes carlistas, no podía figurarme que estuviere tan cerca de abortar el plan más ridículo que han concebido los hombres. El hecho es el siguiente. Unos 20 ó 30 frailes franciscanos, la mayor parte procedentes de dos ó tres conventos de la misma religión existentes aquí, se reunieron en un sitio llamado la Percanta, entre dos y tres de la tarde. Allí se entregaron á excesos, gritos sediciosos é insultos, y por último, principiaron á disparar piedras y á perseguir á algunos vecinos que se acercaron á reprenderles. Sería el anochecer cuando se formalizó algo la reyerta con los paisanos, mas la aproximación de la fuerza disolvió aquella reunión. No satisfechos los religiosos con este primer escándalo, se dirigieron á la ciudad, y se presentaron de repente entre ocho y diez, el uno de ellos en la plaza Mayor, continuando sus hazañas del día con haber acometido á un artillero indefenso, á quien hirieron con un estoque en el brazo. La autoridad, que vigilaba, llegó inmediatamente, presentándose el primero el alcalde ordinario del cuartel de San Martín, mas fué acometido y atropellado por los frailes. El pueblo entonces, indignado de que estuviesen tan á deshora fuera de su convento, tomó parte, y hubiera dado fin de los perturbadores, si la intervención de las autoridades superiores y la presentación de los urbanos no les hubiera salvado de la muerte inevitable. Los frailes se resistieron á la justicia, mas en el acto fueron hechos cinco prisioneros, fugándose los demás por otros puntos. A las diez de la noche se hallaban todos presos en la cárcel pública y registrados los conventos sospechosos. Mientras esto sucedía, otro grupo de ocho ó diez frailes, como á las nueve de la noche, validos del corto número de gentes que transitaban por la calle del Prado, dieron gritos de *¡Viva Carlos VI!*, y se ocultaron en su convento, que estaba próximo. En la fuga arrojaron los frailes varias armas, y todavía se les encontraron después algunas navajas de uso prohibido.»

En la partida sorprendida y copada el mes de Febrero en una casa de campo del condado de Centellas (Barcelona) iba el fraile de agonizantes fray Pablo Tusquellas.

El coronel Echaza derrota en Arlabán una partida, aprehendiendo á su jefe, el canónigo don José Arburo, que fué fusilado en Vitoria vestido de uniforme por el delito de traición.

En cumplimiento del decreto de 26 de Marzo sobre ocupación de temporalidades del clero faccioso, fueron expulsados de España por otro de 10 de Abril, 23 eclesiásticos, entre curas, canónigos y presbíteros, todos de la diócesis de Calahorra y Vitoria. Poco después sufrieron la misma suerte 11 por haberse unido á la facción, entre ellos dos canónigos de Burgos. Lo mismo les ocurrió, y por la misma causa, á 28 frailes, entre ellos el padre guardián del convento de San Francisco de Orduña, librándose sólo tres de esta comunidad.

En el botín que las tropas recogieron después de la derrota de la facción Locho en Ruidera, se hallaron dos capas de frailes del Carmen, tres capillas, algunos pares de sandalias y un libro de oficio divino.

Se refugia en Francia y es internado por las autoridades de Perpiñán el cabecilla cura de Centellas con dos clérigos más.

Es encontrado en una cueva cerca de Montblanch, herido de gravedad, un fraile franciscano que capitaneaba una partida derrotada por las tropas.

El día 2 de Junio son extrañados de España por conspiración carlista un canónigo, un arcediano y dos beneficiados de la archidiócesis de Burgos y de la diócesis de Tortosa.

Son expulsados de España 20 eclesiásticos entre vicarios, curas y presbíteros, de la diócesis de Vitoria.

El coronel San Cristóbal sorprende un carro en el momento de descargar en la iglesia Colegiata de San Quirce una partida de armas, municiones y vestuario para los carlistas.

Entre los muertos de la acción de Orozco (Vizcaya) se encontró el presidente de la llamada junta de Castilla, canónigo de Burgos, don Francisco José de Eceiza.

El día 14 es fusilado en Alcañiz el monje trapense fray Pablo Gardes, cabecilla carlista, acusado de varios crímenes.

Tres facciosos hacen fuego escondidos bajo una peña á la tropa liberal; muertos en el acto, resultó ser uno de ellos el presbítero patrimonial de Cervera don Francisco Vila, célebre por sus hazañas de facineroso.

Por Real decreto publicado en la *Gaceta* del 19 de Julio de 1834 se suprimió el convento de San Francisco de Abando de Bilbao, por haberse probado en el expediente que se formó que sus frailes promovieron eficaz y decisivamente la sublevación de aquella villa; que dentro del convento, y con publicidad, desde sus ventanas proclamaron al Pretendiente; que durante la dominación de los rebeldes en la expresada villa les suministraron auxilios directos y coadyuvaron á sus planes, hasta el punto de fabricar y custodiarse en dicho convento municiones de guerra y armas; y que á la entrada del ejército casi la totalidad de los religiosos lo abandonó, uniéndose muchos á la facción rebelde.

Por Real orden de 6 de Julio se manda cerrar, visto el comportamiento de los jesuitas, el colegio de Pasajes, ordenando que los bienes, efectos y alhajas se inventariasen, poniéndose en administración; y que á los jesuitas que no fueran españoles se les expidiesen los pasaportes para su país ó aquel que eligiesen, intimándoles á marchar cuanto antes.

Por la fragata *Perla* fueron recogidas en Agosto cinco lanchas tripuladas por carlistas, y en las cuales iba el capellán don Martín de Audigonagoitia, con otros curas más, que quedaron prisioneros.

El general en jefe marqués de Rodil dió cuenta de haber mandado cerrar el convento de Nuestra Señora de Aranzazu, distante dos leguas y media de Oñate, por ser carlistas sus frailes.

Por decreto del ministerio de Gracia y Justicia se mandó ocupar las temporalidades, extrañándolos del reino, á don Andrés Ignacio Egurrola, vicario de la parroquia de San Pedro de Pasajes; don José María Vagas, beneficiado de San Sebastián, y don Antonio María Iturralde, ídem ídem.

Por otro decreto se suprimió el conven-

to de Capuchinos, extramuros de Pamplona, por haberse marchado la comunidad entera á la facción.

En Septiembre fué pasado por las armas el rector del pueblo de Selma, don Ramón Güel, que ocupaba y protegía á Romagosa, ayudándole en la misión que llevó á Cataluña de organizar la guerra civil.

El general Espartero comunica desde Munguía haber hecho prisionero al cura José Isidoro Garay, titulado comandante y jefe de la partida destinada á bloquear á Bilbao, el cual vestía casaca militar y sombrero calañés, montaba un buen caballo é iba armado con sable, trabuco, un par de pistolas en la silla, otra en el bolsillo y un puñal en el cinto.

Por diferentes Reales órdenes se señalan sobre las temporalidades ocupadas á los eclesiásticos del reino de Navarra y del arzobispado de Burgos, fugados á la facción, varias pensiones á las viudas é hijos de algunas de las víctimas de las ferocidades carlistas.

En el mes de Octubre son expulsados el canónigo de Cuenca, don Vicente Batanero, y don José Tarín, cura de Villarejo de Fuentes.

Muere en la acción de Lerín el fraile Gregorio Francés, perteneciente á los facciosos llamados lanceros de Navarra.

Sucumbe en la de Ariño el carmelita de Calatayud, fray Antonio Herrero, famoso por su fervor absolutista.

La guerrilla mandada por Zurbano se denominaba *la partida de la muerte*, á causa de la banderola negra que llevaban las lanzas de los soldados. El origen de esta partida merece referirse.

Al empezar la guerra civil fraguaron los carlistas en Logroño una conspiración para dar fuego por una mina al almacén de pólvora que había en el convento de San Francisco y en el cual existían 150.200 cartuchos, 42 quintales de pólvora, 164 granadas cargadas y otros pertrechos de guerra. A cinco varas del almacén estaba en el mismo convento el hospital militar con 538 enfermos y heridos, y á una vara el civil con 17.

El día señalado, 5 de Febrero, iba ya á ejecutarse tan inhumano atentado, cuando llega á noticia de Zurbano; corre á ver al jefe político, se lo cuenta, marcha éste al convento en el acto y halla al sacristán y á un fraile en el subterráneo con la mecha ya dispuesta.

Al querer premiar este servicio, al que debió Logroño su salvación, Zurbano pidió que se le autorizase para formar la partida que tantos laureles alcanzó luchando por la libertad en la Rioja alavesa.

En 3 de Enero se suprime el convento de San Francisco de Viana por haberse marchado 17 de sus frailes á la facción de Navarra.

Es expulsado de España por conspirador carlista el beneficiado de Felix, don Ramón Ojeda.

El día 13 de Mayo cayó en poder de las tropas, con otros de su partida, el cabecilla Gorostidi, canónigo de Santiago que se titulaba comandante general de Galicia por Carlos V. Se le encontraron documentos de gran interés, y en la correspondencia que sostenía con los demás cabecillas, se vió que le daban el tratamiento de *coronel cardenal*.

A consecuencia de haber abortado una conspiración carlista en la provincia de Sevilla, se presentaron á indulto dos curas comprometidos en ella.

El capitán general de Galicia da cuenta de la prisión de varios eclesiásticos complicados en un proyecto de conspiración carlista, según resultaba de varios papeles cogidos al cura de Paradella.

El comandante militar de Lugo derrota en Junio la facción del cabecilla Sarmiento, quedando entre los muertos fray Antonio de Besa.

Es preso por los voluntarios de Cilleros al frente de una partida, el fraile portugués Lorenzo Piris.

Es suprimido el convento de Santo Domingo en Santiago, por conspirar sus frailes en sentido carlista.

Muere batiéndose el vicario de Olot, que iba en una facción derrotada cerca de aquella villa.

(Continuará.)

Imp. de T. Rey. Alberto Aguilera, 8